El lavado de ropa en el folklore asturiano

A Julio Caro Baroja.
Homenaje de admiración y amistad.

Las principales fases de esta tarea, que aun en el folklore nacional (WR 214) no cuenta más que con escasas referencias y muy desperdigadas, son las de *desañar*, *colar* y *aclarar*. Ligados a ellas existen otros aspectos de notorio interés popular, por cuanto la vida del pueblo estuvo algún tiempo orientada por la voz del lavadero.

Desañar, o *amutsentar* (AF 80 y RC 166), es, para la dialectología astur-occidental, como *esgromar* en Aller (RL 240), la primera lavadura que se le da a la ropa blanca para después hacer la colada. Aunque para Figueras no es tanto ese primer lavado, cuanto la enjabonadura con la que se deja la ropa varias horas a fin de que la suciedad se reblandezca (*amolente* o *amoleza*).

Al día siguiente de *desañada* la ropa, se le quitaba el jabón en una primera agua y se dejaba lo más enlibrada posible para llevarla a colar. El tiempo que la ropa se tenía en cada casa sin *desañar* dependía, particularmente, del número de personas y de la escrupulosidad de la familia; pero, en general, se hacía, en Figueras como en Inglaterra (SJ), una vez por mes. Palacio Valdés señala que, en Laviana, las gentes de posición económica fuerte lo hacían en el campo cada quince días (PA 155), y en la villa todas las semanas, como en Escocia (SJ). Este período semanal, que tenía lugar en lunes, era el que marcaba la pauta, sobre todo en casas con jóvenes solteras; pues, «donde hay rapaces, tiene que haber colada» (CA 60).

Por excepción, podríamos registrar algunas áreas de Asturias donde la ropa no se colaba más que, como en Alemania (SJ), dos veces al año y hasta sólo una. Es tradicional, y ya fue consignado por un autor francés del XIX, al pasar por nuestra tierra, que el asturiano «es dejado y sucio tanto por placer como por indolencia: todo le parece bien para ponerse los días de trabajo, como si fuera para hacer resaltar mucho más, cuando llega el domingo, el resplandor de un traje nuevo y hasta algunas veces el lujo de una camisa blanca» [1]

[1] AH...i, *Una ojeada sobre Asturias* (Madrid 1956), p. 63.

Mientras tanto no llegaba el día de la colada —pues genéricamente se denominaba así el lavado—, la ropa se amontonaba en un rincón, se colgaba en el desván de unos varales a fin de que estuviese más ventilada y no la comiesen los ratones, o se metía en una de las arcas de la casa (KF 56) —«arca dos trapos»—, de donde, llegado tan señalado momento, para el que convenía esperar buen tiempo, se sacaban todos los trapos sucios, se elegía lo que valía y lo que no, y se sabía quién era y quién no el más dejado de la familia. Era día de balance; de aquí la frase: «... los veredes en el último día, cuando salgan todos los trapos puercos de la colada» [2].

Como tarea específica, ya no genérica, se denomina en Asturias, mediante los verbos *colar, acoladar, abogadar* y *acolar*, la disposición o acción del blanqueo de la ropa a través de la *colada, cola, culada, bogá* o *bogada* (NM 155 y 156; RC 166; RL 239 y 240; CD y AO 417), para lo cual se necesita de los siguientes útiles:

En primer lugar, del *ceniceru* (AO 147), *ciniceiru* (FJ 103), *cincéiro* o *tapadeira:* «paño de lienzo fuerte que se pone encima de la ropa que se va a colar, como cernadero, y en el que quedan depositadas las cenizas» (AF: *cernadeiro*), por encima de las cuales se echa el agua caliente, por lo que, al hacer el trapo de colador, se le llama también *colaero* (RL 240). La calidad del trapo era de ruin estopa, y su tamaño, del de una sábana pequeña que permitiese darle, al menos, un par de dobleces, según lo hemos visto en La Azoreirina. Cabal registra que era un saco (CD) «no muy ordinario» (AO 418); Neira lo concreta en una tela basta y tupida, con los nombres de *rameu* o *ciniciru* (NM 156) por contener la ceniza, y Castellano, en otras áreas occidentales, con el de *sabanietso* (RC 168), sin duda por su semejanza con la sábana.

Era necesario también un recipiente hecho, antiguamente, de la corteza de un tilo, de chamera unida en sus dos extremos por medio de un basto cosido, o de un tronco de madera excavado a modo de tubo (KF 36 y 37). En Portugal se empleaba una olla de barro [3], y en Figueras, nuestras referencias se remontan simplemente a la época en que usaban una tinaja de aceite abierta por arriba, o, más modernamente, un cajón de madera de pino en forma piramidal truncada e in-

---

[2] R. PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan*. Adagio (Ed. Renacimiento), vol. XVIII, página 134.

[3] F. KRÜGER, *Notas de Dialectología asturiana comparada:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos», núm. 30, p. 17. En otras áreas se emplea un cesto de mimbre (WR 214 y 215).

vertida, «con tablas ensambladas y sujetas a cuatro barrotes, que determinan los ángulos», y medía un metro de altura, sesenta centímetros de lado la base superior, y cuarenta centímetros la inferior, en la cual tenía un caño de desagüe, llamado *ẍeito*.

Según las áreas, ese cajón recibe en la dialectología astur los nombres de *caxitsu*, *caxetsa*, *quixetsa*, *arna*, *queisietsa*, *queixeda* o *quixellu* (NM 155; RL 240; RC 166 y 167, y AO 417), y en Figueras, los

Disposición de los utensilios de la «colada» según dibujo de E. Lago (Vegadeo).

de *caẍon da colada*, *pipa da colada*, *barril da colada* y, más comúnmente, *trobo*, por su similitud primitiva con la caja de las colmenas que lleva el mismo nombre [4].

Dicho cajón se colocaba encima de un entremijo o gran losa circular de piedra con un reborde de tres o cuatro centímetros, en el cual

[4] Sobre el *trobo* y sus problemas lingüísticos y etnográficos, véase José Manuel González (GM, pp. 177 y 178 y 356 y 357) y más modernamente a Krüger (KF 36-38) y Constantino García, *Trobo, truebano, trubiecu:* «Archivum», t. XII (Oviedo 1962).

el cilindro encajaba perfectamente (AO 417) y en cuyo reborde había una hendidura y canalillo, sobresaliente unos 20 centímetros, para dar salida al agua que caía del *trobo*. Piedra que recibe los nombres de *dala, coladoriu, colaeru, coladeru, entremiso, entremis, bugadeiro, tsagar, bogueu* (CM 146; AO 417; RC 166 y 167 NM 156; RL 240 y 241, y CD), y en la zona litoral *adala*, por semejanza con la dala de las embarcaciones o conducto de tablas por donde salía a la mar el agua que achicaba la bomba. Y el canalillo de verter el agua se denomina *bocin del bogueu, coladeru* y, en el occidente, *pipelo*.

Dado el tamaño y peso de dicha piedra, permanece ya situada en el lugar donde se efectúa la colada, que suele ser en la cocina, junto al lar (NM 91; LLA 161), o al horno de cocer el pan, por la proximidad al fuego para calentar el agua (WR 214) y a la *fornina, fornicu, fornin* o *cinceira:* hueco practicado en la pared para la ceniza de leña que ha de emplearse en la colada [5] (CF 17; AF 56; LLA 161, CM 227). En Caso aparece situada en el ángulo formado por las paredes E. y N. de la cocina (AO 417), y en La Azoreirina la vimos empotrada en una hornacina —a la que por extensión denominaban también *bugadeiru*— a 70 centímetros de altura del suelo, a fin de que el agua que vierte el *pipelo* caiga en un pilón de piedra arenisca llamado *pisón* (CD), de los que se utilizaban corrientemente para recoger el agua de los tejados, y cuyo borde servía de piedra de afilar (AO 418). En Figueras se empleaba un cacharro cualquiera, por su mayor comodidad para trajinar las aguas (cf. AF, lám. II, 4).

Ahora bien, cuando cerca del lar o en la bodega del horno de cocer el pan no había espacio para colocar la *adala*, de madera de una sola pieza (WR 214) o de piedra —las de madera eran generalmente de pino, porque así no soltaban tanino que manchase el agua, y, como pesaban poco, podían fácilmente transportarse (cf. lám. II, fig. 4 de AF)—, se situaba en el salido o antrojana, lo que daba ocasión a la moza asturiana, como en Escocia, para demostrar su fortaleza, su galanura y su capacidad de trabajo (AC 60 y SJ). Ya Manín de la Llosa supo cantar a la que

> «Al tar llavando l'artera
> y ximelgar el so cuerpo
> mostró inocente sos formes
> devines y en sin defeuto» [6].

[5] D. G. Nuevo Zarracina, *Del folklore asturiano. Filandones y esfoyazas: El filandón:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1964), núm. 51, p. 64

[6] G. Muñiz García-Robes, *N'el falar de la mio tierra* (Avilés 1950); *El poder d'una gaitina*, p. 8.

La ceniza, que tantos otros usos prácticos y mágicos tuvo en Asturias [7], tenía que ser de leña especial para una buena colada; pues «ceniza fai colada y non moza arremangada» (CRA 6). Y aún habiendo aquí «más leña que en toda la provincia o reino de Castilla la Vieja, apenas tenemos bastantes cenizas para las regulares coladas de la ropa blanca» [8], todo lo cual parece contradecir, dada la gran riqueza maderera de la región, que no eran tan poco frecuentes las coladas, y confirmar la laboriosidad de las mozas astures, que buscaban en ella fama de limpias, pues si alguna dejaba de hacerlo, como Tarexa «Mexinos», había de ser por causa mayor [9]. Tarea tan laboriosa, que por ello se encomendaba a la juventud (PA 155), y, sabiendo ya las mujeres que ocupaba medio día (WR 214), debían tomarse prisa en realizar los otros quehaceres. De aquí las expresiones: «El que non gana pa criada, ten que fer'auguada», pues de lo contrario se pagaba a quien lo hiciese, por ser de excesivo trabajo, y (*hacer la auguada* en Figueras era, más que el traer el agua, el lavado de toda la ropa; como en la Azoreirina es la *ahuaga*) de aquí también esta otra expresión recogida por Caveda «Cueye la ferrada, y volvite a casa, pos tienes colada» [10]; y el dialogismo:

—«Mentes la muyer grande s'agacha,
la pequeña barre la casa.
—Y la grande cola y amasa» (CR 203).

Desañada la ropa y a medio enjuagar, se estibaba al día siguiente, como si fuese a guardarse en un baúl, encima de una mesa que recibía, según Krüger, el nombre de *entremis* [11], como el *trobo* o la *tina* misma.

Colocada dicha tinaja sobre la *adala*, se recubría por el fondo y paredes interiores con trapos o una colcha en desuso, a fin de preservar la ropa a colar del tanino de la madera. Luego se acomodaba dentro de

---

[7] C. CABAL (CD t. V, pp. 9 y 10, y CF p. 17).

J. L. PÉREZ DE CASTRO, *Generalidades sobre los fertilizantes en la agricultura tradicional asturiana:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1958), número 33, donde se facilitan más datos y bibliografía al respecto.

[8] G. CASAL, *Historia natural y médica del Principado de Asturias* (Madrid 1762), capítulo 6.

[9] A. GARCÍA OLIVEROS, *Medicina casera* (Oviedo 1953), p. 110.

[10] J. CAVEDA, *Recuerdos de lengua asturiana. Frases, locuciones, modismos y cantares de nuestro dialecto:* «Asturias» (Gijón 1895), t. I, p. 269.

[11] F. KRÜGER, *Notas etnográfico-lingüísticas da Povoa de Varzim:* «Boletim de Filologia» (Lisboa 1936), t. IV, fasc. 1 y 2, pp. 147 y 148.

ella la ropa debidamente enlibrada —*encestar* o *encaxetsar* (RC 167; NM 156)—, se tapaba con unos trapos limpios, y encima de éstos el saco colador.

Comenzaba entonces la colada propiamente dicha, la cual podía tener lugar de dos modos. En Figueras, y lo mismo en La Azoreirina, la manera más común de hacerla era la de cribar previamente la ceniza a fin de quitarle, si los tenía, clavos u otros oxidantes de la leña, y luego se ponían tres o cuatro *embozadas* —la cantidad que se podía tomar con ambas manos—, *bocachu* en Siero (VF), en una caldera de cobre con agua caliente hasta que hirviese. Después de bien batida, y cuando la ceniza estaba disuelta, se iba colando a través del saco. El otro modo de empleo consistía en extender la ceniza, con un poco de laurel (CD) para perfumar la ropa (VF), sobre el saco colador de la tina e ir echándole el agua caliente por encima (NM 156); ceniza que, una vez mojada, recibía el nombre de *cerna* (RL 240). Castañón puntualiza que con la ceniza se ponían también cáscaras de huevo (CRA 6); pero en tal observación hemos podido comprobar que, más que un rito, lo que debió de haber fue el abandono de no cribar la ceniza y, por lo tanto, irían con ella, además de las cáscaras de huevo, cuantos otros desperdicios se tiran en el cenicero.

Filtrada esa agua a través de la ropa, caía por el *xeito* de la tinaja a la *adala*, y por el *pipelo* de ésta a un caldero o al *pisón*. De aquí se recogía el agua con un cazo de cobre y, templada, volvía a colarse, repitiendo hasta tres veces la misma operación. Luego se calentaba otra agua a más grados que la anterior, y lentamente se filtraba otras tres veces a través del saco y de la ropa. Por último, se vaciaban sobre el todo otros tres de agua en cocción. En Figueras no pasaban de tres veces las tres aguas; pero en otras áreas eran cuatro. La pauta la facilita de modo explícito nuestro cancionero regional

«Tres calentitas,
tres calentando,
tres espumientas,
tres ferventando»;

o como expresa esta variante

«Tres calentines,
tres calentando,
tres con espuma,
tres trebolgando» (CD, y otra más, CR 294);

o esta de Lena

«Tres calentinas,
tres calentando,
tres espluminas,
tres esplumando,
tres fervosinas,
tres fervosando» (NM 156).

Lo que en ocasiones habría que repetir aún más de seis veces, porque lo correcto parecía ser que el agua cayese hirviendo en el *pisón*. La paremiografía aconseja que «Colada y casamientu, quier escalientu» [12].

Esta última agua que caía al *pisón* es a la que llamaban en Figueras *lexïa* y en otras áreas *tsixia, tsexia, chexia, tsixiga* y *culariza* (NM 156; RC 167 y 168, y RL 241); agua que se destinaba luego a «reblandecer —*amugar*— la ropa de color» (NM 156); operación independiente de la colada. Y por ser de la colada de la que sale la lejía, es por lo que no vemos correcto que las aguas de la colada vayan con la lejía consiguiente, como señala un autor. Ese día se aprovechaba para fregar con lejía todos los cacharros de metal.

Después de colada la ropa, se ponía a decurrir, bien dentro de casa, sobre el hogar, en un marco rectangular provisto de varias hileras de palos —el fuchicheiro— [13]; bien, si el tiempo lo permitía, al aire libre sobre las matas o el césped, lo que se llamaba ponerla a *asulear* o *enxügar* (RC 166 y 167), *tender* o *enxüitar* (Figueras). De aquí que el refranero astur consigne en Carrio: «Bogada llavada, espera rayada»; y en el oriente aconseje: «Cuando ruxa la mar de la Griega, tiende la colada fuera» [14], o en su variante: «Cuando ruxa la mar de la Astuera, saca la colaina fuera», en señal de que llega el buen tiempo (CR 85).

La misma operación, aunque con alguna variante en el método, tenía lugar para el blanqueo de las madejas del lino que se llevaban al telar. Fausto Vigil la describe así: «Para ello, se lavaban con agua

---

12 A. VILLARTA, *Asturias. Cumbre, valle y mar* (Madrid 1957), p. 69. Lo recoge CR p. 63, y tiene sus correspondientes en el refranero español.

13 F. KRÜGER, *Las Brañas Contribución a la historia de las construcciones circulares en la zona astur-galaico-portuguesa:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» «Oviedo, dic. de 1949), p. 50. En el SO. de Asturias registró *fucicheiro* (KF 556).

14 B. VIGÓN, *Contribución al folklore de Asturias. Folklore del mar* «Archivio per le tradizioni popolari», vol. IV, p. 12. Lo recoge Cabal, sin procedencia, y a través de éste Castañón (CR p. 83).

abundante, a lo que se llama *enmoyecer* y *despercudir* para sacarles el *verdín*, y luego se llevan a una vasija. Sobre ellos [los *cadexos* o madejas], un paño fuerte de lienzo u otro tejido, que se llama *cenicera*, cenicero, que sirve para poner el *bocachu*, que no es otra cosa que una abundante cantidad de ceniza, mejor de madera de roble, hojas de hiedra verde y otras cuantas de laurel, estas últimas para perfumar los *cadexos*, sobre los que se vierte el agua hirviendo. Como se ve, es un colado con lejía fuerte. Esta operación se repite hasta seis, siete u ocho veces, lavando los *cadexos* con agua abundante entre cada operación, al objeto de que no se *avaren*, esto es, que no tengan manchas; que blanqueen por igual. Blanqueadas, se dejan secar, para proceder a devanarlos en ovillos» (VF).

Al día siguiente de colada la ropa, y todavía humedecida, se lleva al lugar donde se *desañará*, para quitarle de vez las impurezas. Esta operación de *aclarar* o *lavar a bogada* no consistía más que en pasarla por agua limpia, para lo que se buscaba con preferencia el desagüe del molino desde que el agua había saltado en fuerte chisporroteo contra el rodezno [15], las fuentes y los ríos más cristalinos.

Esto debía de tener íntima relación con la mitología hídrica de las *lavanderas*, que también aprovechan, como mito femenino, las blancas espumas de las cascadas para lavar allí sus ropas y las de otros genios [16], y con la de las *ẍanas*, que hacían sus coladas (de las cuales salían las cenizas o las espumas como de lavar dentro por el caño de las fuentes [17]) y tendían la ropa a secar sobre la falda de los montes (LLA 46).

El tener una gran colada secando sobre las sebes constituía un gran honor para la lavandera, calificándola de mujer hacendosa y fresca; y de una colada pequeña se decía en Muros: «Parece la colada de la ẍania» (LLA 46). El tenderla sobre la hierba húmeda de los prados aumentaba la blancura, y le prodigaba un beneficio especial el rocío

---

[15] Revista «Norte», de Alfonso Camín, núm. 6.

[16] R. Jove y Bravo, *Mitos y supersticiones de Asturias:* «Asturias», t. II (Gijón 1897), p. 151. La existencia del mito de las lavanderas nocturnas en Asturias fue negado categórica y gratuitamente por Aurelio de Llano (LLA XVII y 4 y 263); mas aportaron datos para no dudar de su existencia Cabal (*Los dioses de la vida* [Madrid 1925], pp. 87 y 88) y José Manuel González (GJ 70-72), y más por extenso en *Nombre y conseja de la fuente Mirindiañes*, en «Valdediós» (1957), pp. 64 ss.

[17] M. A. Arias: *La leyenda de San Salvador de Cornellana:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1955), núm. 25, p. 274. J. M. Feito, *Del folklore de Somiedo:* Boletín citado (1956), núm. 27, p. 119. J. M. González (GJ 75).

de la noche de San Juan [18]. En Oviedo se les tenía gran fe a las lavanderas del monte Naranco en predecir el tiempo. Gómez Garzón asegura que «eran el mejor barómetro para que se guiasen los ovetenses; al contemplar desde la población sus ropas interiores, extendidas en las sebes de zarzamora y árgoma, podían presumir en la bonanza del tiempo» [19].

Con los progresos químicos de jabones y lejías [20] vino a desaparecer la colada, y esas tres fases del blanqueo de la ropa quedaron reducidas a una sola; aunque todavía por algún tiempo continuó realizándose el lavado en tres días sucesivos, como lo hacían en Laviana: «Un día jabonamos toda la ropa en la presa del molino; otro, la metemos en la lejía, y otro, por fin, la aclaramos en el río» (PA 155). Pero, a la postre, las tres se fundieron en una sola: la *d'ir lavar*, que perdió valor personal y mitológico, alcanzando otro de signo social y económico que encierra también un interés auténticamente popular.

El lavado se hacía entonces en el río, en las fuentes y en los pozos, sobre una simple piedra plana o una tabla ancha lisa o con algunas hileras de medias cañas, que favorecían la operación, y se denominaba *a tabla de lavar* o el *caẍón de lavar* cuando tenía, además de aquélla, donde arrodillarse, y hasta una cajuela para guardar el jabón. Sobre éstas o sobre la simple piedra —*tsavadoiro* (RC 168), *llavandera*

---

[18] J. M. FEITO, *ibid.* Y Alejandro Casona en *La dama del Alba*, acto IV, pone en boca de la Sanjuanera 3.ª: «Yo he tendido la camisa al rocío para que me traiga amores y me libre de mal» (Edic. Renacimiento, p. 169).

[19] G. NUÑO DEL ROBLEDAL, *Oviedo, ciudad humorística* (Madrid 1924), p. 98. Las mujeres de Noreña, por el contrario, se guiaban por el Naranco para guardar la ropa que tenían colgada a secar; pues dice el refrán: «Cuando la cuesta del Naranco pon la cota, muyeres de Noreña, quitai la ropa» (CR 72).

[20] Desde 1865 y hasta finales del siglo XIX contó Figueras con una fábrica de «jabones duros y blandos, finos y ordinarios»; después de la guerra del 14, con una de lejía, «La Leonesa», a cargo de Isidro Bobis. Entre nuestra colección de impresos asturianos conservamos un curioso lote de etiquetas realizadas en la Lit. Muñiz, Gijón, de las siguientes marcas de lejías fabricadas en Asturias por el año 20: En Oviedo: «El Nido» y «Floro». En Gijón: «La Mariposa», «El Sol», «El Valenciano», «Musel» y «La Aragonesa». En Trubia: «El Gallo». En Grado: «La Flor Moscona». En Lieres: «Cantábrica», por la Industria Jabonera del Cantábrico. En Villaviciosa: «La Flor», «La Nueva» y «La Nieve». En Sevares (Infiesto): «El Cisne». En Sama de Langreo: «El Río de Oro». En Ciaño-Santa Ana: «El Reguero Blanco». En La Felguera: «Las Lavanderas». Y en Piantón (Vegadeo): «La Piantonesa». Sin indicación de lugar: «Río de la Plata», «La Asturiana», «La Montaña» y «Plus Ultra marca tres estrellas».

(CM 245), y en otras áreas *losa* [21]— se enjabonaba y restregaba la ropa, refregándola, estazándola y golpeándola directamente sobre aquélla para quitarle la suciedad, lo que se denominaba *refregar*, *degrumar* y *mazar*

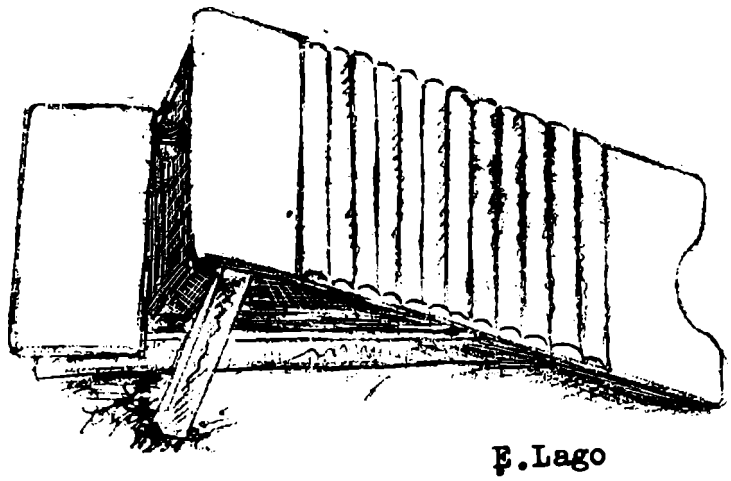


Tabla de lavar la ropa (Vegadeo).

a roupa en la Asturias de occidente, aun cuando, a diferencia de otras regiones, no se emplease en ello el típico y pesado mazo de madera

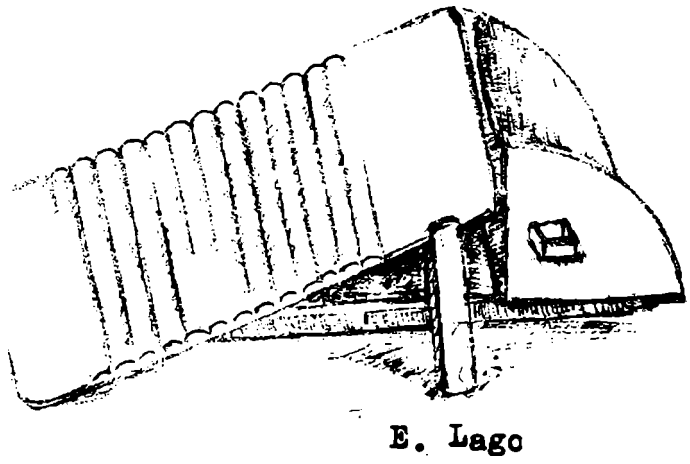


Tabla de lavar con cajón adosado empleada en Vegadeo.

—no obstante atribuírselo a nuestro mito de las *lavanderas*—, que se usa, por ejemplo, en Irlanda [22]. El refranero desaconseja el torcerla:

---

21 A. Fonseca, *Notas de la lengua de Segovia:* RDTP t. I, p. 687 *Llosa.* G. Manrique, *Vocabulario popular de los valles del Duero y del Ebro:* RDTP t. XII, p. 83: *Losa.* G. Salvador, *El habla de Cúllar-Baza:* RDTP t. XIV, p. 249: *Losa.* Denominaciones que aluden lo mismo a la piedra que a la tabla de madera sobre que se lava la ropa en el río.

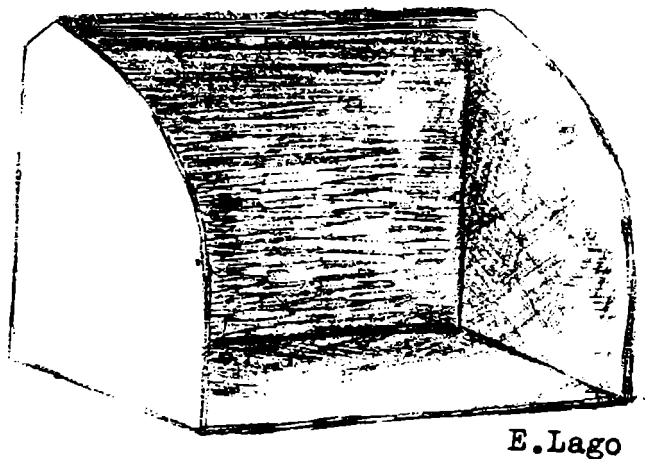
22 Pat Muller, *Hombres de Arán*, III, IV Aunque en Asturias no dimos con alguna nota donde se registre el empleo del mazo de madera, sin embargo, éste aparece en los dibujos de las etiquetas de las lejías de la región marca «La Arago-

«La ropa de la mio vecina, mal lavá y bien torcío, y la de la mio muyer bien lavá y sin torcer» (CR 182).

La operación constituía un gran espectáculo, porque las lavanderas acompañaban el mazado con canciones adecuadas al trabajo rítmico, algunas alusivas al que estaban realizando. Como esta recogida por Aurelio de Llano

«La ropa de llinu
la tengo de blanquiar
a fuerza de agua y puños,
tan, tararán tan, tan» [23],

aumentando el ritmo por la alegría y el optimismo de la juventud; pues, debido a lo laborioso del lavado y el peso de la ropa, sobre todo después de húmeda, para transportarla en la cabeza (en cestas o en



Cajón de lavar, usado también para fregar los pisos (Vegadeo).

tinas de cinc) eran generalmente mozas casaderas las que iban al lavadero o al río. A ello se unía el atractivo de «verlas metidas en el agua con ropas mínimas», para lo que había siempre gran número de espectadores (FA 144); lo cual ellas no ignoraban:

«Angela la de Pepón, hembra fresca y madura,
luce en el lavadero la singular blancura
del pie, que abre en las aguas ojos de maravilla.
Pero ella solamente piensa en las tentaciones
que encenderá el domingo, de paso hacia la villa,
con sus enaguas blancas crujiendo entre almidones» (CA 60).

---

nesa», «El Río de Oro», «El Reguero Blanco», «Las Lavanderas» y «Río de la Plata».

[23] A. DE LLANO, *Esfoyaza de cantares asturianos* (Oviedo 1924), p. 175. Id., *El libro de Caravia* (Oviedo 1919), p. 159, otra variante.

El cuadro, que mereció los pinceles de nuestros artistas regionales [24], aumentaba su colorido con la verba y el ingenio con que aquellas mujeres redactaban oralmente la gaceta local, comentaban de otras hasta los acontecimientos familiares más íntimos y se decían «a berros cousas que os estudiantes non debían ouvir» [25]. Y ha de ser por esta alegría juguetona y pizpireta a la vera de los ríos por lo que a la nevatilla o aguzanieves, cuyo revoloteo describió magistralmente «Clarín», se le conoce popularmente en Asturias, entre otros nombres, por el de *lavandera* [26].

Cuando la ropa a lavar era de gran tamaño o mucha, en Figueras se iba con ella hasta el río de Berbesa, por ser el de mayor caudal, no obstante distar dos kilómetros de la villa, pues la parroquia no cuenta más que con dos humildísimos regatos, aunque la vanidad geográfica de los figuerenses —como diría «Clarín»— los califica de río de Santiago y río de Arroxo (PC 17, 18,6 y 11).

Además de por la clase de ropa, las aguas de Berbesa estaban de hecho reservadas, en la Figueras decimonónica, a las clases económicamente fuertes, que podían pagar el jornal de todo el día a la lavandera, y si era del pueblo, darle encima la comida. *Ir a Berbesa*, como se conocía el ir a lavar, significaba un día de fiesta para la lavandera, aunque aparejaba el sacrificio de una larga caminata con la ropa mojada a la cabeza sobre el rodillo [27], por lo que se veían obligadas a descansar en determinados lugares. Uno de ellos era después de subir la cuesta del Cobo, al pie del crucero.

---

24 Citaremos como botón de muestra y como reflejo en la variedad del tema, las *Lavanderas asturianas*, de MARTÍNEZ ABADES, *Lavanderas y Lavandera en el arroyo*, de EVARISTO VALLE; y los apuntes de *Priorio*, de RODRÍGUEZ TEJERO.

25 F. LANZA, *O insino de Ribadeo dende o seculo XVI o XIX* «Nos», 15 de Nadal de 1928.

26 L. ALAS, *La Regenta*, c. 9 del t. I (Edic. B. Nueva, Madrid 1947), p. 135. La carta dialectal de la *lavanderā* puede verse en Rodríguez Castellano (RC 56 ss.) y M. L. Santos Rincón (*Nombres de la aguzanieves:* RDTP t. VII; especialmente véanse las pp. 515 y 517, donde explica el porqué de las denominaciones). José Manuel González (GJ 68), al aludir a su nombre, afirma que los labradores asturianos la respetan por miedo a que les muera una vaca».

27 «Rodete hecho de trapos que se ponen las mujeres en la cabeza para llevar una carga sin que ésta les haga daño» (RC 190: *corra*). García Oliveros la registra con los nombres de *rodiellu, ruenu y rueñu* (*Diccionario bable de la rima*, Oviedo 1947), y Caveda (ob de la nota 10, p. 274), por el *paxu* y como «tejido circular de mimbre que las mujeres llevan sobre la cabeza para transportar objetos domésticos. En otras áreas, en vez de la *molida*, usan directamente *folgueira* (helechos). En el Eo, *molida* tiene además el significado que le da Acevedo (AF 151).

Coronada la pendiente, la cuadrilla de las lavanderas —pues para ir al río, como para ir al molino, se daban cita y se esperaban mutuamente (PCV 135 y 136)— bajaban de la cabeza las tinajas de la ropa y ponían sobre un pretil que tiene a su espalda la cruz, y contiene el terreno de un prado en el que antaño se enterraban los niños muertos sin bautizar y quienes no podían ser admitidos en el cementerio católico [28]. Situado en una encrucijada de caminos, el Cobo era un lugar de paganismo. En él se aparecía la Santa Compañía arrastrando cadenas, se paraban los entierros para rezar por el difunto, y tanto el litigante que iba para el Juzgado de Castropol como las que volvían de lavar, lanzaban un guijarro sobre el peldaño de la cruz desde cierta distancia, siendo índice de buena fortuna o de la fidelidad en el amor que cayese al centro del mismo [29].

El transporte de la ropa a Berbesa, al menos de regreso, solía hacerse también por mar, en lancha, cuando la pleamar coincidía con la hora oportuna. Facilidad que luego tomaron por emulación las mujeres de los marineros y se convirtió, últimamente, en hecho popular.

Cuando cada dos o tres años se lavaba la lana de los colchones en las casas acomodadas, el transporte se hacía sobre una pollina, y la comida de ese día era superior; pues, para evitar la pérdida o hurto de la lana, acompañaba a las obreras la señora de la casa o una persona de su confianza. La expedición debía salir muy temprano, porque la lana tenía que quedar lavada antes de la comida, a fin de que, mientras se celebraba ésta, y por la tarde se recogía y lavaban otras prendas, aquélla fuese escurriendo y secándose, ya que, de lo contrario, ni el borrico podría transportarla. El lavado de la lana tenía lugar en las inmediaciones de un molino, donde el agua era más transparente y profunda, sin contaminaciones ni jabones, y se efectuaba dentro de cestas, a fin de que la corriente no arrastrase los gadejos. La ropa, por el contrario, se lavaba más abajo, en las proximidades del puente.

Existió también, hasta hace unos quince años, un servicio a domicilio, constituido por familias de La Linera y de Berbesa que venían todos los sábados a Figueras a buscar la ropa sucia y traer la lavada a determinadas casas, para ellas ya tradicionales. Se las llamaba las

---

[28] Sobre el entierro de los niños muertos sin bautizar en los cruces de caminos, como lugar de paganía, véase López Cuevillas (*Estudos sobre a Edade do Ferro no NW da Peninsula. A relixion:* «Arquivos do Sem. de Est. Galegos», VI, p. 85).

[29] J. L. PÉREZ DE CASTRO, *De folklore. La Cruz del Cobo:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1952), núm. 15.

coladoras, y fueron los últimos tipos populares de este trabajo, hasta que hubieron de abandonarlo por su edad, Julia da Lieira y Pepa de Becharro, también conocidas por Julia del río y Pepa de Berbesa.

Si la ropa era pequeña o poca cantidad, las personas acomodadas lavaban en los pozos de sus casas, que solían tener adosado un lavadero de cemento, y los cedían de suyo a los vecinos que más trataban y a personas de su amistad. El servicio particular de los pozos seguía siendo en Figueras, aun hasta 1963, tanto para el abastecimiento de agua como para lavar, un servicio casi comunal. Cada vecino amigo de la «casa» lo utilizaba como si fuera propio, y el derecho era casi más de casa a casa que personal, con ese amplio concepto jurídico que de la casa se tiene en la tradición astur [30].

La importancia de tener casa con pozo fue algún tiempo en Figueras equiparable a disponer hoy de auto, televisor y otros modernismos y comodidades de la ciudad. Y la aumentaba la vanidad de tener la mejor agua ferruginosa, de que no se secase en el estío o estuviese todo cavado sobre roca y emparedado con piedra; valor que se tenía muy en cuenta al vender la casa. Y si el vecindario conoce bien las propiedades y cualidades de cada pozo, no dejaron tales cursos de agua huella en la toponimia; pues, si muy nombrada de antiguo la «Casa del pozo», el nombre le viene más que por la existencia de éste, que no lo tiene, por la depresión geográfica en que se encuentra.

La forma de los pozos en Figueras es la circular, con unos doce metros de profundidad y brocal cerrado por una especie de garita con tejado cónico y una puerta, por donde se manejan los ingenios de subir el agua, que no pasan del simple cabo o cadena con una polea o el torno horizontal. Si tiene adosado lavadero, lleva asimismo un orificio prolongado al interior por una bandeja de piedra, donde echa el agua que sale para aquél sin necesidad de sacar el cubo al exterior. Existen también algunos pozos abiertos con sólo las columnas donde se sujeta la polea del pozal, y otros arrimados a la pared de la casa. Los poceros más famosos eran aquí los de Barres y el «Cagayo» de Villadún, que los hacían por contrata hasta una profundidad de siete metros, y todo lo que sobrepasase si había de proseguir perforando hasta dar con el manantial, era objeto de nuevo ajuste. Y había casas, como la de Peleyón, que realizaron el contrato a medias con otra casa que conservaba el derecho al agua. Cuando el pozo quedaba próximo

---

[30] R. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, *Realidad de «La Casa» asturiana* (Oviedo 1953).

a un camino o se cerraba la casa, era entretenimiento preferido de los niños a tirar piedras en él y gritar para oír el eco [31].

A finales de siglo, Figueras no contaba más que con cinco pozos, y desde entonces a hoy aumentaron a 25 en la villa, cinco en Granda y 10 en Lois, donde, por ser zona de agricultores, necesitaban el agua, más que para las necesidades domésticas, para abrevar el ganado; pues, llegado el estío y secas las fuentes y lagunas, tenían que conducir los animales a beber hasta Salgueiro, lugar tan alejado de la zona urbana, que no se podía ir más que una vez por día. Supóngase lo que era tener los animales sin beber más que cada veinticuatro horas.

Las gentes de clase económicamente débil lavaban sus ropas en el regato de Arroïo y en las fuentes del pueblo, cualquiera que fuese su tamaño o cantidad.

Arroïo era el curso de agua de mayor abundancia al que iban las personas más bien de clase obrera pudiente y campesina que preferían agua más limpia sin poder alcanzar la de Berbesa. Con sólo pasar por las inmediaciones, cuenta un novelista local que ya se oían «las disputas constantes, la pláticas maldicientes y los cánticos plebeyos de las mozas artesanas y menegildas que lavaban allí» (FA 83). A partir de 1903 se dispuso en Arroïo de un gran lavadero cubierto de pizarra, gracias a la generosidad de D. José S. Cartavio, y durante el gobierno de la República se planeó otro junto a la fuente del mismo nombre, o de las ánades, al lado de abajo del camino, y para el cual ya estaba concedido el correspondiente permiso de obras, que vino a dejar en deseo la guerra civil.

La gente pescadora, entonces de vida mísera, y que, por lo tanto, tenía muy poca ropa y menos escrúpulos, lavaba en las fuentes y en una poza del río de Santiago, o sea, el que atraviesa el pueblo. La más antigua de todas las fuentes era la llamada *fonte da Ribeira*, hoy castellanizada *fuente de la playa*, y consistía en un simple caño entre un tajo del acantilado de la costa, hasta que en 1908, cuando se trazó por allí la actual carretera al muelle, se la recubrió y construyó el lavadero que todavía conserva. Hoy apenas se utiliza más que por los vecinos del muelle; pues, debido a su escaso caudal, hay que represar el agua, y aún así lavan en ella hasta seis y ocho personas, tres y cuatro de cada lado del lavadero. Existen, además, otras dos, situadas en la misma

---

[31] Esta misma costumbre la registra José Manuel González (GM 63) referida a oquedades naturales verticales. En Figueras terminaron por cegar un pozo a fuerza de tirar piedras en él. El tema tiene relación con el de los *ojos* de mar que estudia el mismo J. M. González en GJ 74.

carretera, aunque sin lavadero: la del Pelamio, enfrente al hoy Pósito de Pescadores, soterrada también desde 1908, y mejorada con reparaciones durante la dictadura de Primo de Rivera (DP 278), y unos cien metros más arriba la de *Rapalacois*, donde se lavaba algún tiempo el mondongo de la matanza de los cerdos; de ahí su nombre. Fue muy reformada a principios del siglo por generosidad de D. Leopoldo Trénor, y hacia 1950 y merced a la de su esposa, D.ª Rosario Pardo de Donlebún [32], se le instaló un nuevo caño y depósito de agua.

Los vecinos de la clase social aludida que vivían en la parte alta del pueblo, lavaban en un remanso del río de Santiago, que, no obstante su humildísimo caudal, dejó su nombre incorporado a la toponimia. Cuando se hacía la colada, adquirió la denominación de «El Trobo», por ser allí el lugar donde estaba instalado un *trobo* con carácter público; y más tarde, cuando al canalizar el regato en 1912 se coloca allí un caño de desagüe [33] de unos ocho centímetros de diámetro, del que se sirve y donde lavaba hasta ayer el vecindario, pasó a denominársele «El Cañito», aun cuando para la gente vieja siga siendo todavía «El Trobo» [34].

Los del barrio de Granda lavaban en la histórica fuente de San Román, y los del de Lois en la «del pozo», tras la casa de D. Miguel García Teijeiro, en lo que es actualmente una ciénaga de batracios [35]. Y cuando ésta se hallaba ocupada, lo hacían en el manantial que, conocido por «a fonte de D. Miguel», surge al pie de una de las fincas de aquél —de ahí el nombre—, unos metros más arriba de donde hoy existe una poza en la que todavía abreva el ganado.

Durante el estío, en estas fuentes o riachuelos de escaso caudal había que madrugar a represar el agua o a preparar la piedra lavadero en el mejor pozo, a no ser que se dejase dispuesta de por la noche secretamente. Pues si alguien llegaba a descubrir que fulana iba a lavar

---

[32] Las escaleras que de la fuente conducen a la playa y el bando que existe frente al mar fueron costeados por D. Antonio Cuervas («Riberas del Eo», número 125), que gustaba de sentarse en ese lugar a contemplar la ría.

[33] B. PÉREZ DAS CAMPAS, *Truculencias y meirolos figueirenses* (Luarca 1916), páginas 6 y 46. Sobre la canalización del río véase PC 17 y 18; DP 278; el «Castropol», 30 enero, 30 julio, 10 agosto, 20 septiembre, 20 octubre y noviembre, y diciembre de 1912; y «Riberas del Eo», 17 octubre 1959.

[34] *El Trobo* como topónimo fue estudiado por José Manuel González (GM 178 y 356), y lo mismo *El Cañito* (GM 180). Vid. la nota 4.

[35] J. L. PÉREZ DE CASTRO, *La atalaya y el ermitorio de San Román:* «Bol. del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1955), p. 6. ID., *Los pueblos del Eo al Navia. Lois sus incolas y su historia*, II: «Las Riberas del Eo», 27 de marzo de 1954.

al otro día, se anticipaba a ella para *roubarle el río*. Costumbre esta de *roubar el río* de idéntico significado y contenido folklórico a la de *pedir el forno* para cocer el pan.

La faena del lavado de la ropa tenía su colofón en una de las piezas del mobiliario de la romanía de más sabor tradicional: el arcón, que en toda la Asturias de occidente era del tipo que Krüger clasifica como de arca-caja, cuyas paredes, de tabla enteriza de una sola pieza, se unen formando como una caja rectangular que puede levantarse sobre patines o zócalos que forman su base (KF 4, 65, 84 y ss.).

El arca fue durante siglos, y de un modo universal, el mueble predilecto «que no solía faltar en ninguna casa del occidente asturiano. Por lo menos una en cada casa, a veces dos o más. Las hay muy grandes: de dos y hasta tres metros de largo por uno de ancho y otro tanto de alto» (KF 5, 57, 127), y ha servido generalmente como ropero, hasta la aparición del armario (KF 1), que, en suma, no es otra cosa que un arca en posición vertical [36].

El arca ropero en Asturias era, por lo regular, de madera lisa de castaño, a diferencia del arca de novia con rica ornamentación popular, donde ésta trasladaba el ajuar y hasta la dote ostentosamente al nuevo hogar (KF 76, 132, 133, 138). En su interior tenía un pequeño estuche o gaveta —*estoyu, estoïo, estoiro* (KF 57 y 91)— destinado a guardar las cosas finas y las de valor, como alhajas, escrituras notariales, los ahorros y la vestimenta delicada.

Era, en el decir de Krüger, como el símbolo del bienestar de la casa, el orgullo de la mujer, y de ahí que ocupase un lugar preferente en la sala [37]. Fue, en suma, «el arcón de la abuela», que Camín cantó en estos versos de alta ternura y simbolismo:

> «Este arcón silencioso, de cerezo o castaño,
> que huele a ropa limpia y a membrillo en sazón,
> sabe, como ninguno, de las cosas de antaño...
> Todo un siglo vive en él. Este arcón
> guardó cartas y flores de la abuela que hogaño
> cuenta a sus nietezuelos cuentos en un rincón;
> los vestidos de boda y el primer desengaño,
> al irse para siempre la primera ilusión» (CA 68).

---

[36] LUIS G. CANDAMO, *El mueble* (Madrid 1958), p. 7 MARQUÉS DE LOZOYA, *El mueble provinciano y el mueble popular*, en «Muebles de estilo español» (Barcelona 1962).

[37] A. R. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *El habla y la cultura popular de Oseja de Sajambre* (Oviedo 1959), p. 104.

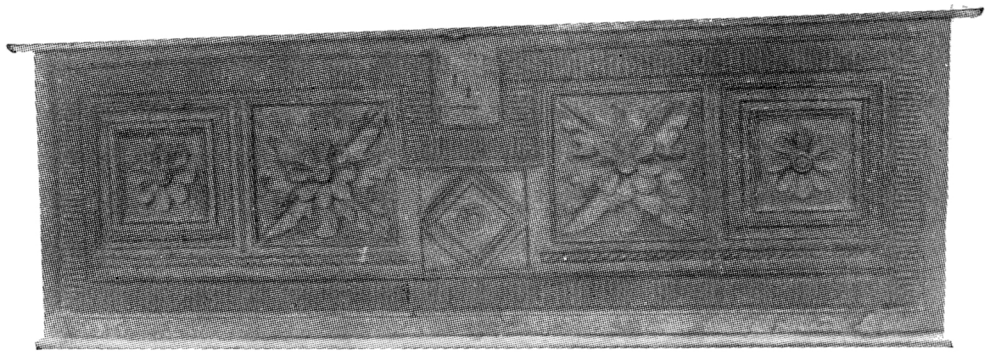


Fig. 1.—Adquirida por un anticuario en Navia.

Fig. 2.—Del Palacio de Miudes (El Franco).

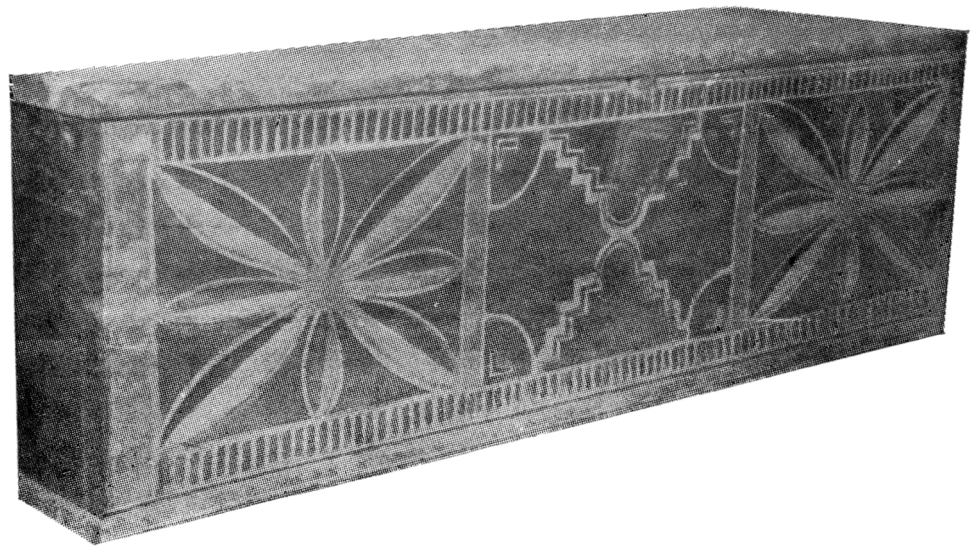


Fig. 3.—En el Teso (Barres.-Castropol).

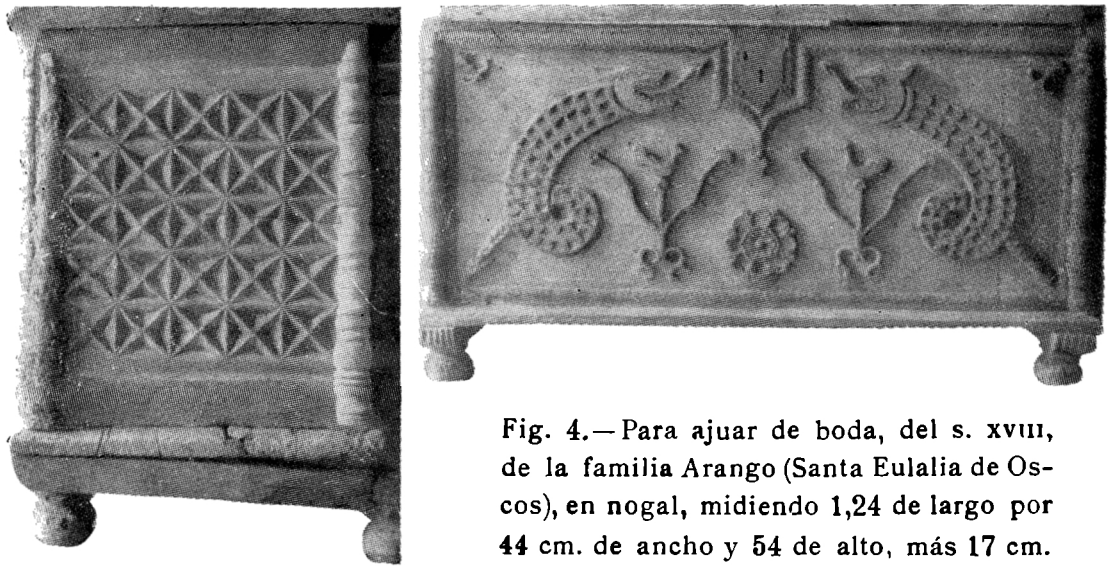


Fig. 4.—Para ajuar de boda, del s. XVIII, de la familia Arango (Santa Eulalia de Oscos), en nogal, midiendo 1,24 de largo por 44 cm. de ancho y 54 de alto, más 17 cm. del pie. Vistas de costado y de frente.

Fig. 5.—En la familia de Lastra (Vegadeo).

Y con el aroma de los recuerdos, el de los membrillos y las manzanas [38] que aún verdes metían para madurar —«a madoreiro», decían en las brañas vaqueiras— entre la ropa blanca (KF 60 y 134), cuidadosamente enlibrada después de bien seca. Pues en Figueras no se conocía el planchado, y la plancha de chimenea a fuego de leña y centros de panoja de maíz (vid. WR 215) llega cuando ya decae y desaparece el arcón, y se usa la ropa dorada —torar (CM 353)—, almidonada y con brillo. Fue la civilización que ha quemado el olor campesino a la tierra donde se criaba el lino, a las hierbas del prado que le dieron su blancura, y a las manzanas y membrillos que la aromatizaban, y constituía otro de los atractivos femeninos de la moza campesina, cantados por Cuyás de la Vega:

«Déjame oler, Pepa Juana,
tu equipo humilde y sencillo,
tu blanca ropa interior,
que trasciende a mejorana
y a membrillo» [39];

y por Vital Aza:

«Saca Rosina su traje,
que está en el fondo del arca,
saturado del perfume
de membrillos y manzanas,
y allá va a la romería
...» [40].

Pero... entre ellas y nosotros se ha interpuesto una civilización de planchas eléctricas y de lavadoras cuyo voltaje ha chamuscado todos sus encantos.

Por eso Angela la de Pepón ya no luce en el río su frescura de hembra, y la moza de Asturias no huele en la romería ni a mejorana ni a membrillo.

J. L. PÉREZ DE CASTRO

Figueras, Torre del Mirador, mayo de 1964.

---

[38] A. CAMÍN, *La pregonada* (Madrid 1932), VII, p. 50. A. VILLARTA, *Asturias*, cit. II, pp. 47.

[39] A. CUYÁS, *Sonata de la novia gallarda y campesina:* «Las mil mejores poesías de la lengua castellana» (Madrid 1940), p. 607.

[40] VITAL AZA, *Frivolidades: Rosina la de Pravia* (Buenos Aires 1944), p. 32.

ABREVIATURAS

AF = B. ACEVEDO y M. FERNÁNDEZ, *Vocabulario del bable de Occidente* (Madrid 1932).

AL = J. ALVAREZ y FERNÁNDEZ CAÑEDO, *El habla y la cultura popular de Cabrales* (Madrid 1963), p. 182.

AO = O. ARMAYOR, *Temas de folklore de Caso. Las cocinas antañonas en el Concejo:* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1960).

CA = A. CAMÍN, *De la Asturias simbólica y nuevos poemas* (Madrid 1925).

CD = C. CABAL, *Contribución al Diccionario folklórico de Asturias* (Oviedo 1951), t. I, p .147 *Acoladar*

CF = C. CABAL, *Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes: la familia, la vivienda, los oficios primitivos* (Madrid 1925).

CM = M. J. CANELLADA, *El bable de Cabranes* (Madrid 1944).

CR = L. CASTAÑÓN, *Refranero asturiano* (Oviedo 1962).

CRA = ID., *Refranero asturiano. Apéndice* «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1963), núm. 49.

DP = DIPUTACIÓN PROVINCIAL, *Cinco años de nuevo régimen* (Oviedo 1929).

FA = FERNÁNDEZ-ARIAS, *Recelo.* Novela de costumbres figuerenses (Madrid, s. a.)

FJ = JOSÉ A. FERNÁNDEZ, *El habla de Sisterna* (Madrid 1960).

GJ = JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ, *La mitología de las fuentes en Valduno (Asturias):* RDTP t. XIII (Madrid 1957).

GM = ID., *Toponimia de una parroquia asturiana* (Oviedo 1959).

KF = F. KRÜGER, *El mobiliario popular en los países románicos* (Coimbra 1963).

LLA = A. DE LLANO, *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres* (Madrid 1922).

NM = J. NEIRA MARTÍNEZ, *El habla de Lena* (Oviedo 1955), c. 6.

PA = A. PALACIO VALDÉS, *Sinfonía pastoral* (Madrid 1948).

PC = J. L. PÉREZ DE CASTRO, *Nombres de «corrientes de agua» del Occidente astur.* «Boletín del Instituto de Est. Asturianos» (Oviedo 1954).

PCV = ID., *Contribución al vocabulario del bable occidental:* RDTP t. XI (Madrid 1955).

RC = L. RODRÍGUEZ CASTELLANO, *Contribución al vocabulario del bable occidental* (Oviedo 1957).

RL = ID., *La variedad dialectal del Alto Aller* (Oviedo 1952).

SJ = J. MARÍA SIGNO, *Lave usted la ropa con los pies, señora:* «Unidad» (San Sebastián, 26 de enero de 1955), p. 7.

VF = F. VIGIL, *Trajes y costumbres asturianas* (Oviedo 1924), p. 36.

WR = R. WILMES, *La cultura popular de un valle alto aragonés (valle de Vio):* «Anales del Instituto de Lingüística», Universidad N. de Cuyo, t. VI (Mendoza 1957).